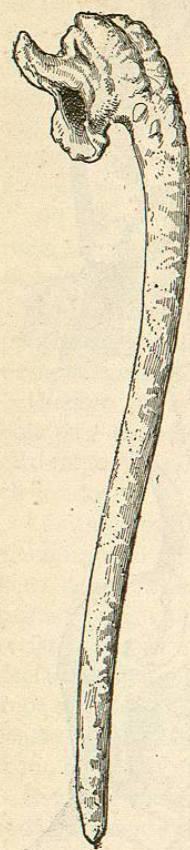


panzar. Si alguno acepta el reto, cantan las proezas de sus mayores, alaban sus propias virtudes é insultan á sus adversarios. Cortan la cabeza á sus enemigos caídos, la cuelgan al cuello de sus caballos, y clavan sus trofeos en sus casas. Si el enemigo es famoso, conservan su cabeza en aceite de cedro, y ha habido quien no ha querido venderla á peso de oro.» «He visto muchos, dice el filósofo Posidonio, y he tenido tiempo para habituarme á este espectáculo.»



Trompeta gálica (1)

Otros encajaban en oro el cráneo del enemigo y se servían de él á manera de copa para hacer las libaciones religiosas.

Estas provocaciones, estos largos discursos, antes de venir á las manos, se encuentran á menudo en la Iliada, y casi todos los bárbaros han hecho este honor á sus enemigos, el de conservar su cabeza ó su cráneo, como un trofeo.

Antes del combate consagraban con frecuencia á Heso los despojos del enemigo, y después de la victoria, le sacrificaban el resto del ganado que habían pillado. «El sobrante del botín se guarda en un depósito público, y pueden verse en muchas ciudades, montones de despojos, que se guardan en lugares sagrados. Rara vez sucede que, con desprecio de la religión, sea osado un galo á apropiarse clandestinamente, lo que se ha ganado en la guerra, ó sustraer algo de estos depósitos. Este latrocinio sacrilego se castiga con las más crueles penas.»

Entre los salvajes de Africa, de Australia y del nuevo mundo, que ni siquiera tienen en su lengua la palabra *amar*, la mujer es un instrumento de placer y de trabajo, que se desecha ó se rompe, cuando ha cesado de agrandar ó de servir. La condición de las mujeres en la Galia anuncia un estado de civilización ya avanzado: de cosas que eran, han venido á ser personas. Libres en la elección de esposo, las mujeres aportaban una dote; el marido tomaba de sus bienes un valor igual, y poniéndose el todo en común, quedaba para

cascos galos, mencionados por Diodoro (Biblioteca hist. lib. V, c. XXX) y conservados aun en algunos bajo-relieves no son sino un capricho del soldado que los llevaba. Los cuernos eran en Galia, como en Oriente, uno de los atributos del mando, símbolo del poder divino ó real, Βασιλείας παράσημον, según la expresión de Eusebio. El dios *Cernunos* del altar de Nuestra Señora de París lleva cuernos, como también la deidad acurrucada del altar de Reims y la original estatua de Autun. El carácter simbólico y religioso de los cuernos es tanto más verosímil cuanto que en los cascos del Arco de Orange están asociados á una ruedecilla, signo hierático bien conocido y uno de los símbolos particulares de los Dioscuros. La rueda figura en este concepto en las monedas de Marsella. Es verosímil que nos encontremos aquí ahora en presencia de un recuerdo oriental. Dice el barón de Witte (*Rev. Arqueol.* 1852, p. 56): «Es racional ver en el atributo de los cuernos llevados por los dioses (y por los guerreros galos, añadiremos nosotros) una tradición oriental. No sólo el dios Belo está representado en los cilindros con cuernos en la cabeza, sino que también se honran los reyes de Oriente en adornar con ellos su tiara. Seleuco Nicator, á ejemplo de los antiguos monarcas, se hizo representar en sus monedas con un casco adornado con cuernos y orejas de toro.» — Nota de M. Bertrand. Véanse en Layard, *Mon. of Nineveh*, I, p. 12, dos estatuas sentadas del dios asirio Nebo ceñidas de tiaras adornadas con doble par de cuernos.

(1) Museo de San Germán.

el sobreviviente con los frutos ó rendimientos que había dado.

Pero el hombre tenía sobre su mujer y sobre sus hijos derecho de vida y muerte, y el hijo no podía acercarse á su padre en público antes de haber llegado á la edad de tomar las armas. En la Galia oriental, se atribuía al Rin la cualidad de atestiguar la castidad del matrimonio. «Cuando el marido, dice Juliano, tenía duda sobre el nacimiento de un hijo, exponía al recién nacido en el río, que vengaba seguramente los ultrajes hechos á la fe conyugal. El hijo ilegítimo era muy luego sorbido por las aguas, mientras mecían suavemente y devolvían á la afligida madre el fruto de una casta unión.»

«Cuando muere un padre de familia de casa principal, reúnen sus deudos, y si tienen sospechas sobre su muerte se pone en tormento á las mujeres; si se prueba el crimen, se las condena á la hoguera ó á otros crueles suplicios. Fuera de esto, los funerales son magníficos. Todo lo que se cree haber sido caro en vida al difunto se arroja con él á la hoguera, hasta los animales.» Poco tiempo antes de la expedición de César, se quemaban con el muerto los esclavos y clientes que había estimado más. Con frecuencia, ponían los parientes en la hoguera cartas dirigidas á sus allegados en la creencia de que sus muertos podían leerlas, y amontonaban piedras sobre sus sepulcros.

Parece ser que una parte del territorio de cada pueblo, los pastos, las aguas, los bosques eran de propiedad colectiva: la misma tribu era como una reunión de *clanes* (2). Dos clases se encontraban allí: los nobles y los hombres libres. Los primeros no formaban una casta cerrada: tenían ilustración, riqueza, tierras, y alrededor de cada uno de ellos, se agrupaba una multitud de esclavos y clientes, que vivían hereditariamente en la casa ó en el dominio del jefe. César los llama *equites*, los caballeros, y esta caballería fué muy estimada en las legiones del imperio. Pero sus filas se abrían al valor, y quien era digno de ocupar puesto entre los primeros de la ciudad, podía aspirar á ello.

«Cuando sobreviene alguna guerra, lo que sucede casi todos los años, todos los nobles toman las armas y proporcionan con esplendor de su casa el número de esclavos y clientes de que se rodean.» Algunos de estos clientes se consagraban á sus patronos ó jefes por vida y por muerte. Entre los aquitanos se llamaban estos leales *soldures*. «Estos *soldures* gozan todos los bienes de la vida con aquellos á quienes se han consagrado por un pacto de amistad. Si el jefe muere, no quieren ellos sobrevivir y se dan muerte. No hay ejemplo en la memoria de los hombres de que uno de estos consagrados á un jefe por pacto de amistad haya dejado de seguirlo en la muerte.»

Pero esta costumbre de la clientela tenía también sus inconvenientes: el jefe debía defender á sus clientes y vengar la sinrazón que se les hiciera; de donde resultaba que cada una de estas asociaciones formaba como un Estado dentro del Estado, en daño de la ciudad agitada siempre de contiendas y turbulencias.

Hemos visto la clientela en Roma, clientela que existió casi en todas partes, porque es la primera de las formas sociales: el débil apoyándose en el fuerte. Pero la disciplina romana puso la ciudad por encima del *clan*, el ciudadano por encima del individuo, y por eso vino á ser tan fuerte

(2) Creo, sin embargo, que se va demasiado lejos asimilando completamente la clientela gálica al sistema de los *clanes* de Escocia. Todos los miembros de éstos pretendían descender de un tronco común; en aquella había muchos elementos extraños al parentesco de consanguinidad. Así, Dumnorix reclutaba diariamente con sus liberalidades nuevos clientes (César, *B. G.*, I, 18).

Roma, mientras la Galia, que sólo imperfectamente conoció esta disciplina de la ciudad, permaneció necesariamente débil.

Los caballeros y sus clientes no dejaban á los hombres libres más que un puesto muy humilde, *plebs pene servo habetur*. Sin embargo el número de estos era una fuerza, y utilizada por un ambicioso cambiará más de una vez la constitución del Estado.

Los ancianos formaban el consejo de la ciudad, donde ciertos pueblos no permitían sentarse á dos miembros de la misma familia: por encima de ellos estaba el rey ó un caudillo ó jefe temporal, aun por un año. Algunas palabras de los *Comentarios* pudieran dar á entender que en extraordinarias circunstancias se reunía un consejo general de toda la Galia. El estado de división del país no permite suponer más que asambleas de pueblos confederados; con todo eso, la idea de una representación de la Galia estaba en todos los ánimos, á lo menos en tiempo de César, y respondía á un sentimiento oscuro de la unidad nacional. «La nación, dicen los antiguos documentos gálicos, está por derecho primordial por encima del jefe;» pero este pensamiento es más romano que gálico.

En las asambleas se tomaban precauciones contra las decisiones precipitadas, á las cuales hubieran podido dar motivo ú ocasión algunos rumores populares. «En los cantones, dice César, en los cantones que pasan por mejor administrados, es una ley sagrada que quien llega á adquirir una noticia de interés para la ciudad está en el deber de informar de ella sin demora al magistrado, sin comunicarla á nadie más, habiendo enseñado la experiencia que á menudo los hombres imprudentes y sin luces se espantan de falsos rumores, toman partidos extremos y aun se dejan llevar al crimen. Los magistrados ocultan lo que creen conveniente y no revelan á la multitud sino lo que estiman que debe saber. A la asamblea sólo se va á debatir los negocios públicos.»

Para mantener el orden en ella, hubieron de establecer los galos un uso singular. Si alguno interrumpía al orador ó quería hablar fuera de turno, se le cortaba un paño de la capa. En las asambleas de guerra había otros usos no menos singulares: aquel cuya gordura no podía contenerse en un cinturón reservado para este uso, era condenado á pagar una multa, y el que por su desgracia era el último que llegaba á una función de armas, pagaba su tardanza con la vida. Los romanos tenían una costumbre análoga: en la revista de los caballeros, el que tenía demasiada corpulencia era privado de su caballo por el censor y relegado á una clase inferior (1); y el ciudadano que no respondía al llamarlo por su nombre para el servicio militar era vendido.

III. — LOS DRUIDAS.

Los galos adoraron al principio el trueno, los astros, el océano, los ríos, los lagos, el viento, los bosques, las montañas y las corpulentas encinas, es decir las fuerzas de la naturaleza; creencias que en todas partes formaron el fondo del politeísmo primitivo. Poco á poco se fueron personificando los fenómenos: *Kirk* representó el viento impetuoso del valle del Ródano, el mistral ó mastral, que los provenzales suelen llamar aun con su propio nombre galo *Cers*; *Taran* fué el espíritu del trueno; *Bel*, el dios del sol; *Pennin*, el genio de los Alpes; *Arduin*, el del inmenso bosque de las Ardenas, etc.

(1) *Nimis pingui homini et corpulento* (Aul. Gel. VII, 22). Lo mismo le sucedía al que presentaba un caballo mal cuidado.

Más tarde todavía, adoraron los galos las fuerzas morales y dioses superiores: Heso ó Hemo, la causa primera «que siempre rebrota;» Teutates, el ordenador del mundo, «el padre del pueblo;» *Mercurio*, el inventor de las artes y el conductor de las almas, cuyo nombre galo ha desaparecido; *Camul*, el fiero y cruel genio de la guerra, «el señor de los valientes;» *Borvo*, el dios de la salud, «el dios que cura (2);» *Ogmio*, el dios de la poesía y de la elocuencia, á quien se representaba con cadenas de oro y ámbar saliéndole de la boca para atraer á los oyentes; la diosa *Epona*,



Tarán (3)

protectora de los caballos y de los jinetes, muy numerosos en la Galia; las diosas madres, abuelas de las *Buenas Damas* y de las Hadas de la edad media, etc.

El druida, ministro de estas divinidades, era á la vez el intérprete de la voluntad del cielo y de los secretos de la tierra: era sacerdote y hechicero; se engañaba á sí mismo y á los demás. Es el estado de las religiones y de los sacerdotes, en todas las épocas bárbaras. Como no hay todavía ciencia que explique los fenómenos, todos los que se producen tienen un carácter sobrenatural, de que sólo el sacerdote da razón y que sólo él puede conjurar. De aquí su poder, que todavía fortalece y consolida más y más con un

(2) Los romanos lo asimilaron á Apolo, y era muy honrado en las estaciones termales, conservando su nombre tres de ellas. También lo dió á una de las ramas de la casa de los Capetos, á los Borbones.

(3) Gaidoz, *Religión gal.* p. I. La maza que tiene en la mano el dios Tarán es un símbolo del rayo.

culto imponente y terrible y con una enseñanza que sometió a los fieles a su autoridad moral (1).

Todos los años, durante la noche del 1.º de mayo, se celebraba la radiante vuelta del sol ó de Bel con grandes hogueras ó fogatas encendidas en las alturas. Nuestras hogueras de San Juan son un resto de aquella fiesta, como nuestro *bauf gras* era el toro de Bel. La fiesta de Teutates se celebraba la primera noche de año nuevo en los bosques al resplandor de las antorchas. Entonces era cuando se cogía con gran solemnidad el muérdago, planta parásita que nace comunmente en las ramas de ciertos árboles y vive á sus expensas hundiéndose en su corteza sus raíces, que se nutren de su savia; pero no medra en la encina, árbol sagrado de los druidas, sino muy rara vez, y esta rareza hizo su fortuna. Cuando el sexto día de la luna de invierno, por febrero ó marzo, encontraban por fin los sacerdotes la dichosa planta ostentando su verde follaje en las desnudas hojas de la encina, imagen de la vida saliendo de en medio de la muerta naturaleza, el pueblo acudía en tropel al rededor del árbol sagrado. El jefe de los druidas vestido de blanco segaba con una hoz de oro la sagrada planta, que recibían otros sacerdotes en un blanco cendal, porque no debía tocar la tierra. Después se inmolaban dos toros, blancos también, cuyos cuernos se ligaban por la primera vez, y se regocijaban todos en un festín por haber encontrado la hierba que daba la salud y la vida. Se sumergía luego en agua, y los galos creían que esta agua poseía la doble virtud de purificar el cuerpo y el alma, de hacer fecundo todo lo estéril, y sano todo lo enfermo.

Este uso, como tantos otros de aquel tiempo, dejó profundas huellas, que se encuentran durante toda la Edad media. Muchos siglos hace que nuestros padres no cogen la planta sagrada cantando á la renovación del año: «Al muérdago, el año nuevo.» Pero en Inglaterra, el día de Navidad se ve en muchas casas la rama de muérdago, bajo la cual se hacen los juramentos de amor eterno.

Otras hierbas sagradas tenían virtudes maravillosas; pero después del muérdago de encina, nada era tan poderoso como el huevo de serpiente. «Durante el estío, dice Plinio, se reúnen en ciertas cavernas de la Galia innumerables serpientes, que se mezclan y enlazan y con su saliva, unida á la espuma que resuda su piel, producen esta especie de huevo. Cuando está bien formado lo elevan y sostienen en el aire con sus silbidos, y entonces es cuando se debe tomar antes de que toque la tierra. Un hombre puesto en acecho á este efecto, se lanza, recibe el huevo en un paño, monta el caballo que lo espera y se aleja á rienda suelta, porque las serpientes lo persiguen hasta que ha puesto un río de por medio. Era preciso hacer esto en cierta época de la luna. Probábase su virtud hundiéndolo en agua: si él de suyo sobrenadaba aunque estuviera rodeado de un cir-

(1) ¿De dónde venían los druidas? Los celtas de España, de la Cisalpina, del valle del Danubio y de la Galacia, y aun los de la Narbonense, no los tenían. No se encuentran, fuera de la Galia, sino en la Bretaña y la Irlanda, y César creía que la grande isla había sido el foco principal de la ciencia druídica. Para dar cuenta de este hecho se presenta una explicación, pero á título de mera hipótesis. Los arias primitivos tenían sus *chamanes*, que, más felices que sus sucesores siberianos, hicieron una brillante fortuna, como los brahmanes en la India, como los magos en la Persia, como los druidas entre los celtas. Estos druidas, que salieron con las primeras bandas célticas, habrían llegado con ellas al fondo de Occidente, á Bretaña, donde en el aislamiento insular ó bajo la influencia de circunstancias favorables, ó de un hombre superior, se habría desarrollado su instituto hasta hallarse un día bastante fuerte para hacer la conquista religiosa de una parte de la Galia. Los *chamanes* de otras tribus célticas que no salieron de hechiceros oscuros y sin poder, escaparían á los ojos de la historia.

culo de oro, tenía la virtud de ganar los pleitos y granjeaba la gracia de los príncipes. Los druidas lo llevaban al cuello ricamente engarzado, y lo vendían á muy alto precio.»

Los druidas no escribieron nada, y los cantos de los antiguos bardos murieron con ellos. Pero en un rincón de Inglaterra y de Francia se ha conservado su recuerdo: el país de Gales y la Armórica, tuvieron durante mucho tiempo cantos nacionales, herederos de los bardos célticos, de su lengua y de sus tradiciones. De estas poesías galas y bretonas, sobre todo de las primeras, se ha creído poder sacar el antiguo espíritu de los druidas, y con estos cantos, relativamente de una época moderna, se ha reconstituido todo un sistema de metafísica. Temo que se haya hecho demasiado honor á los druidas atribuyéndoles muchas cosas que no les pertenecen. Tomaré solamente de esas poesías una narración, la del nacimiento de Taliesín, donde se encontrará la imaginación infantil de la Edad media mucho más bien que el rudo espíritu de los tiempos remotos, pero donde se encuentra también como un recuerdo de la virtud de las hierbas sagradas, que figuraban con tanto honor en el culto druídico (2). Había una mujer poderosa, el hada blanca, Koridwen, esposa de Hu-Ar-Bras, el primero de los druidas. Koridwen quería hacer salir la ciencia de la noche, mas por sí misma. Puso en una caldera las seis plantas de gran virtud: la hierba de oro (probablemente una especie de verbena), el beleño, el sámolo (el jaramago bárbaro), la verbena, la primula de jardín y el trébol. Al rededor estaban las perlas de la mar; el enano Korrig mezclaba las hierbas sagradas que hervían en el vaso, y el ciego Morda debía mantener vivo el fuego durante un año y un día sin interrupción.

El año espiraba, cuando tres gotas del inflamado licor cayeron en la mano de Korrig, el cual sintiendo el dolor se llevó el dedo á la boca. Luego al punto se le descubre la ciencia y lo comprende y sabe todo: excepto aquellas tres gotas, todo lo demás del brebaje era un veneno. El vaso se derriba y se rompe; todo se ha perdido. El hada ve que el secreto del mundo se le escapa, y se arroja sobre el enano para matarlo; pero el enano huye, cambiando de forma para desorientar la persecución. Koridwen, sin embargo, lo persigue de cerca, como quiera que cada vez toma ella también una forma superior y más fuerte. Primero es una lebreja que sigue la pista á una liebre hasta la orilla de un río, adonde se arroja el enano transformándose de liebre en pez; persíguelo allí una ascidia, y cuando va á cogerlo, el pez se transforma en pájaro. Un gavilán cae sobre él para devorarlo, pero ya se ha transformado en grano de trigo; hasta que la blanca hada, transformada en gallina negra, encuentra el grano de trigo y se lo traga.

Pero la ciencia, la verdad, no puede perecer, y crece en el mismo seno de la enemiga, se desarrolla, y nueve meses después, Koridwen da á luz un hijo. Hu-Ar-Bras quiere que perezca; pero el niño es tan bello que la madre no puede resolverse á matarlo; lo coloca en una cuna y lo abandona al mar. El hijo de un jefe encuentra la cuna detenida en la playa, y viendo al recién nacido, exclama: ¡*Taliesín!* ¡Qué cosa tan radiante! El nombre quedó al niño. Y Ta-

(2) El grande historiador de los anglo-sajones, Sharon Turner, había asegurado á principios de este siglo la autenticidad de las poesías galas de la Edad media, y desde entonces nadie se atrevía á dudar. M. de Villemarqué dió también con su *Barzaz-Breiz* gran autoridad á los cantos populares de nuestra Bretaña. Pero esa autenticidad ha flaqueado á los vivos ataques de Nash en su *Taliesín*, y los de Luzel y Gaidoz. Si el libro de Villamarqué no es una historia, conserva un poderoso encanto como obra literaria.

liesín tuvo la profunda ciencia de los druidas y los armoniosos cantos de los bardos.

Sacrificios humanos ensangrentaban los altares que los druidas elevaban en medio de las salvajes landas ó en lo más cerrado de los seculares bosques. Los grandes bosques tienen una majestad sombría y triste que predispone al temor. ¿Qué hay en el fondo de esos abismos de verdura que durante tanto tiempo han encerrado para el hombre peligros formidables? Los druidas muestran en ellos dioses ávidos de sangre.

«Los galos, dice César, son muy supersticiosos: los que están atacados de enfermedades graves, como los que viven en medio de la guerra y de los peligros, inmolan víctimas humanas ó hacen voto de inmolarlas, recurriendo para estos sacrificios al ministerio de los druidas, sin los cuales no puede consumarse ningún sacrificio. Creen que la vida de un hombre es necesaria para rescatar la de otro hombre, y que los dioses inmortales no pueden aplacarse sino á tanta costa: hasta han instituido sacrificios públicos de este género. A veces llenan de hombres vivos un inmenso maniquí de mimbre, le pegan fuego y hacen expirar en las llamas á las víctimas que hay dentro. Entienden que el suplicio de los criminales es más agradable á los dioses; pero cuando faltan culpables, inmolan á los inocentes.»

La manera de caer la víctima, las convulsiones de su agonía, el color de su sangre, eran otros tantos signos, de los que deducía el sacrificador la voluntad de los dioses (1). Los griegos tenían la misma creencia, cuando querían matar á Ifigenia, y Aquiles degollaba á sus cautivos sobre la tumba de su amigo Pátroclo; y los romanos, cuando enterraban vivos á los galos en el foro, ó bien cuando hacían que combatieran gladiadores al rededor de un sepulcro.

Según ciertos testimonios de la antigüedad griega y latina, los druidas enseñaban que en una vida futura esperaba al hombre penas y recompensas. «Procuran persuadir, dice César, que las almas no perecen y que después de la muerte pasan á otro cuerpo; creencia singularmente propia para inspirar valor alejando el temor de la muerte.»

La metemépsicosis es una idea pitagórica que los griegos atribuyeron á los galos y de la cual acaso se preciaran con César algunos druidas helenistas. Nada, en efecto, autoriza á creer que aquellos sacerdotes tuvieran, sobre el gran problema de la muerte, un cuerpo de doctrina mejor establecido que el de los romanos. Pero las ceremonias fúnebres prueban fe en la vida de ultra tumba, distinta y muy más viva que la creencia crepuscular de los latinos en la triste existencia de los manes. Horacio, el epicúreo que sin cesar repite: «Daos prisa á gozar; no perdáis momento, porque la muerte se acerca»; Horacio encuentra fiero á aquel galo que no se espanta de los funerales: *Nón paventis funera Gallie*. El Occidente no vió jamás un pueblo que jugara más fácilmente con la vida, y corriera con menos temor al encuentro del hierro en los combates, en los duelos, en la inmolación voluntaria de las víctimas para los sacrificios y hasta en los festines. Había quien por un trago de vino ofrecía la garganta al cuchillo y moría riendo. La muerte no era para ellos sino un paso estrecho y sombrío, allende el cual veían brillar la luz.

«El polvo de los antiguos renacerá», decía en el siglo sexto de nuestra era el encantador Merlín (2). En señal de

(1) Todavía en el siglo pasado se arrojaban á las hogueras de San Juan grandes cestas ó canastos llenos de gatos, zorros ó lobos, que reemplazaban las antiguas víctimas humanas. (Gaidoz, *Religión de los galos*.)

(2) Personaje semifabuloso que hace un gran papel en las novelas de la Tabla Redonda, y á quien se atribuyeron profecías famosas.

este renacimiento, la noche del primero de noviembre, los druidas apagaban todos los fuegos, y envuelta la tierra en la oscuridad y el silencio, parecía muerta. De repente en la más alta colina resplandecía una hoguera: la llama de los hogares domésticos se renovaba después de la del hogar nacional, y el pueblo prorrumplía en cantos de júbilo. La vida volvía á tomar posesión del mundo.

Aquella misma noche, Samhán, juez de los muertos, se sentaba en su fúnebre sitial, bien lejos en el Occidente, para juzgar las almas de los que habían muerto durante el año. Las almas llegaban de todos los puntos de la Galia al extremo de la Armórica, al pie de aquel promontorio de Plogoff, contra el cual arroja el mar su eterna queja. «Los habitantes de esta orilla, dice el poeta Claudio, oyen gemir á las sombras que llegan; ven pasar á los pálidos fantasmas de la muerte.» A la hora solemne de la noche, en que las leyendas hacen que se abran los féretros y reaparezcan los que ya no existen, los pescadores de la costa oían llamar á su puerta y encontraban sus barcas cargadas de pasajeros invisibles. En cuanto habían puesto la vela al viento y fijado el gobernalle, eran arrebatados por una fuerza desconocida que en pocos momentos llevaba el esquife á las playas de la isla de Pridán. Luego al punto se aligeraba la barca y el patrón podía volver á su casa: las almas habían partido.

Pero volverán para llenar una nueva existencia más completa y mejor. La muerte no es más que el medio de la vida. «¿No sabéis, se hace decir al antiguo bardo Gwenc'hlan (3), que es preciso morir tres veces antes de reposar para siempre?» Así, el druida volverá á empezar su vida de meditaciones y de estudio, á fin de saber más; así renacerá el héroe para vengar á su pueblo. ¿No esperaron los galos por espacio de quinientos años la vuelta de Arturo?

Los druidas formaban no sólo una casta hereditaria, sino un sacerdocio que se componía de los más hábiles, con un pontífice supremo, concilios y el arma terrible de la excomunión. Su jefe tenía una autoridad sin límites.

«A su muerte, le sucede el más eminente en dignidad, ó si muchos tienen títulos iguales, se elige por sufragio de los druidas, disputándose á veces el puesto con las armas. En cierta época del año, todos los druidas se reúnen en un lugar consagrado, en la frontera del país de los carnutos (Chartres) que se tiene por el punto central de la Galia. Allí acuden de todas partes los que tienen diferencias que arreglar, y obedecen los juicios y decisiones de los druidas. En los cantones particulares, los druidas son todavía jueces del pueblo. Si algún crimen se ha cometido, si hay cuestión sobre alguna herencia ó sobre límites, ellos son los que juzgan y sentencian, como también dispensan ellos los premios y recompensas. Cuando un particular ó un hombre público no defiere á sus decisiones, le prohíben los sacrificios: este es entre ellos el castigo más raro, porque los que incurrían en esta pena, quedan como impíos y criminales. De ellos se apartan los demás huyendo de su roce y comunicación, como si temieran el contagio del mal que los ha herido. Se les niega todo acceso á la justicia y todo lo que les pueda hacer honor.

«Los druidas no van á la guerra ni pagan impuestos. Seducidos por tales privilegios muchos galos van á ellos de su propio motivo ó enviados por sus deudos. Allí, dicen, aprenden gran número de versos, y hay quien pasa veinte años en este aprendizaje. Está prohibido confiar estos versos á la escritura, y sin embargo, en la mayor parte de los negocios públicos y privados se sirven de las letras griegas.

(3) Uno de los bardos del *Barzaz-Breiz*.